



**UNIVERSIDAD DE CHILE**

*Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura*

**Contar la travesía del sí. Construcciones de identidad(es) migrante(s) a través de la memoria y el lenguaje en *Las Alfareras* de Marjorie Agosin y *Aldea Blanca* de José Auil.**

Informe de Seminario de Grado para optar al Grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica con mención en Literatura

Alumna: Diana Bravo.

Profesora Guía: María Eugenia Góngora

*Seminario de Grado* "Relato, Memoria, Escritura: Cómo leer y escribir un cuento"

Diciembre de 2010

## Índice de contenidos

Introducción.....	3
Hipótesis de trabajo.....	5
Marco teórico: la problemática de la identidad del sujeto cruzada por la subjetividad de la memoria y la narrativa sobre el sí.....	6
1. Judíos y árabes en la historia y la literatura de Latinoamérica y Chile. Breve contexto histórico.....	10
2. En busca de la memoria colectiva. La identidad del sujeto en diálogo con su marco socio- cultural.....	13
2.1. Ejes de identidad: la memoria del racismo en una cultura discriminada.....	14
2.1.1. El racismo en torno a la cultura judía.....	15
2.1.2. El racismo sobre el “otro” árabe.....	19
2.2. Ejes de identidad: la memoria de la tradición cultural. Ser judío, ser árabe.....	21
2.2.1. Las tradiciones judías presentes en la construcción de identidad en las narradoras nómades de Marjorie Agosín.....	22
2.2.2. El marco social árabe y su influencia en los relatos autoconfiguración del sujeto árabe- latinoamericano.....	25
3. Relato del exilio. La narrativa en torno a una identidad migrante.....	29
3.1. Marjorie Agosín: sujeto de muchas patrias.....	30
3.2. José Auil: el viajero de la nostalgia.....	33
Conclusiones.....	37
Bibliografía.....	40

## Introducción

¿Por qué trabajar con cuentos? A lo largo de este estudio me hice esta pregunta con regularidad. Al entrar al mundo de la literatura escrita por migrantes y descendientes de árabes y judíos en nuestro país, noté que los géneros de mayor desarrollo son la poesía y la novela. Este hecho me impuso un cierto grado de dificultad al momento de buscar textos narrativos que llamaran mi atención y bibliografía adecuada. Desde un principio me sentí atraída por trabajar con las complejidades de la identidad, noción en sí misma problemática, cada vez más, como bien dan cuenta de ello los estudios culturales desarrollados en torno a la postmodernidad ¿Qué es la identidad? ¿Existe realmente?

Adhiero a que la identidad esencial, esa que parece que nos viene dada en la sangre, que nos determina a lo largo de la vida y retratada en relatos del tipo “ser judío es ser hijo de madre judía” (y esto se asume como una verdad inamovible) no existe como tal. ¿Qué es lo que hay entonces? Construcción de identidades. Más que estar nosotros determinados por una identidad, me parece justo concederle al sujeto el beneficio de determinar él una identidad que no tiene por qué ser, y no lo es, unívoca o totalizadora.

Los seres humanos contamos con la poderosa herramienta del lenguaje, decimos quienes somos a los “otros” y a “nosotros”, el lenguaje es así construido por el hombre y al mismo tiempo herramienta de construcción del propio hombre. A través de las palabras recreo lo que he sido, lo que soy y lo que espero ser; dialogo con la cultura que me rodea; los otros me comunican lo que son, lo recibo y lo devuelvo mediado por mi subjetividad, que es única. En la mirada de los “otros”, en sus relatos, reconstruyo mi ser por las similitudes y también por las diferencias. Somos productores y lectores de nuestra narración de vida, y así generamos una identidad narrativa en constante formulación. Dicho proceso se mantiene en permanente comunión con el acto de recordar, puesto que la memoria del sujeto le dice a éste quién es, qué ha sido y cómo ha ido evolucionando. Pero la memoria no es un proceso simple y fijo, al contrario, su flexibilidad frente a la subjetividad del individuo que recuerda, la emparenta estrechamente con el acto de imaginar, y en tal sentido los recuerdos se encuentran a merced de las ficciones que cada uno de nosotros quiera tejer en base a ellas.

Retomando la pregunta con que partí esta introducción, el cuento es el género que percibo más próximo a la narración oral y esto me hace un sentido enorme al pensar al sujeto contándose... “te cuento quien soy”, “te cuento mi vida”. El carácter

breve del cuento, su trabajo en torno a decir en el menor tiempo posible la mayor cantidad de cosas relevantes, permite sentir más auténticas estas narraciones sobre el sí que se van desarrollando y entrelazando en el imaginario del sujeto que permanentemente dialoga con lo social.

Todo lo anterior se manifiesta en los textos seleccionados de dos autores pertenecientes a grandes tradiciones culturales: la judía y la árabe; ellos son Marjorie Agosin y José Auil Hanna. Pertenecientes a culturas migrantes, ambos desarrollan en la escritura una profunda búsqueda de sus raíces, de su lugar en el mundo y una reafirmación del ser ¿Quién es este sujeto que habita en distintas patrias, que siembra su legado familiar y cultural en distintas tierras? Este es un cuestionamiento frecuente entre los migrantes, y en estos autores se despliega estéticamente en una literatura llena de imágenes, donde el pasado y el presente se abren en el acto de contar la vida de la tradición que los ha acunado y la de aquella que han ido y los ha ido adoptando: la cultura chilena.

Dar cuenta de estas voces “otras” que nos reflejan como comunidad, también nos permite recrear nuestra propia identidad como pueblo, con la capacidad de aprender como sociedad abierta y en permanente transformación; aceptar y respetar la existencia de ese chileno- árabe, chileno- judío en sus diferencias y similitudes, en el desarrollo de sus propias subjetividades.

Memoria y ficción cruzan los relatos que aquí presentamos, el encuentro de ambas genera configuraciones, identidades de cada protagonista. Como veremos, algunos discursos sobre el yo priman sobre otros, en ocasiones pareciera ser que el narrador se esforzara por generar una sola imagen de identidad, pero la narración revela sus fugas, muestra los quiebres.

## Hipótesis de trabajo

El siguiente trabajo tiene por objeto analizar cuentos de escritores de ascendencia árabe y judía que se han establecido durante años en Chile y exponen en su obra la situación del migrante: individuo situado entre la tradición cultural de su origen y el establecimiento en la cultura latinoamericana y chilena en particular

Estos cruces entre la biografía de los autores y el desarrollo de sus temáticas en los cuentos que han creado, permite pensar, y así lo ha hecho una abundante crítica frente a su obra, en que hay mucho de ellos mismos presente en los personajes de sus relatos. Con frecuencia resulta difícil no relacionar a las protagonistas de los cuentos de *Las Alfareras*<sup>1</sup>, de la escritora de origen judío Marjorie Agosín, con su autora, puesto que sus obras autobiográficas nos dan claras señales de que las vivencias de sus narradoras son las propias de la escritora, a saber, la infancia de una niña judía en Chile que experimenta las problemáticas de su tradición semita con la idiosincrasia de este país, o la revelación de un sentirse desarraigado por parte del sujeto, puesto que de tanto migrar no logra establecer sus raíces en ninguna parte.

Marjorie Agosín nació en la ciudad de Maryland, Estados Unidos, es hija de padres chilenos de religión judía, quienes las trajeron a vivir a Chile cuando tenía tres años. La escritora vivió aquí prácticamente toda su infancia y adolescencia, regresando a Estados Unidos a los 16 años. Es por ello que ella misma se proclama como un sujeto de muchas patrias, que no se logra establecer cómodamente en ningún lugar y que a través de la escritura se da a la tarea de recuperar las memorias de su familia judía cuya historia toda está cruzada por las migraciones y los exilios.

Similar es el caso del escritor de origen Sirio José Auil, José Auil, quien nació en Deir Atiyyé, Siria, el 10 de enero de 1900. Llegó a Chile en 1920 y el año 1948 obtiene la nacionalidad chilena. Vivió en el sur de nuestro país durante 40 años y en 1975 se estableció en Santiago. Murió en 1982.

Auil solo publicó el libro de cuentos *Aldea Blanca*,<sup>2</sup> cuyos personajes también dan cuenta de la experiencia del migrante árabe que retorna memoriosamente a su patria de origen, a la vez que trabaja por insertarse en el país sudamericano que ha adoptado, y específicamente, en algunos casos, Chile.

---

<sup>1</sup> Agosín, Marjorie: *Las Alfareras*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1994.

<sup>2</sup> Auil, José. *Aldea Blanca*: Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1977.

Proponemos una lectura a partir de la noción narrativa del *Self*, desde el enfoque de Marlene Anderson y Harold Goolishian<sup>3</sup>, con el objetivo de identificar las búsquedas y el desarrollo de la identidad de estos personajes tan íntimamente ligados a sus autores; identidad que, como veremos, se encuentra en permanente diálogo con su contexto social y cultural. En relación a lo anterior, acudimos a Jorge Larraín y sus reflexiones en torno a la identidad cualitativa<sup>4</sup>

Buscamos detectar en qué figuras se materializan estas búsquedas narrativas sobre la identidad y cómo se va construyendo ésta en el ejercicio de la escritura de estos cuentos.

## Marco teórico

### La problemática de la identidad: construcción de la identidad del sujeto cruzada por la subjetividad de la memoria y la narrativa sobre el sí.

El tema de la identidad es un eje central dentro de la literatura desarrollada por migrantes, en este caso de judíos y árabes, funcionando como una matriz de sentido en los relatos, ya que estando ambas culturas acostumbradas históricamente al frecuente cambio geográfico en búsqueda de mejores condiciones de vida, el tema ha surgido recurrentemente. En este estudio trabajaremos con la definición de identidad, planteada por Jorge Larraín, como identidad cualitativa: “... *una cualidad o conjunto de cualidades con las que una persona o grupo de personas se ven íntimamente conectados.*” (Larraín, 2001: 23). Por lo tanto, la identidad se presenta desde las determinadas formas en que un sujeto o una colectividad se autodefinen con la intención de identificarse gracias a ciertas características. Según Larraín la identidad cualitativa responde a la pregunta de lo que a cada individuo le gustaría ser, donde la respuesta mira hacia el futuro, pero también puede recibir influencias del pasado. El medio social al que pertenece el sujeto también tiene una importancia central en la

---

<sup>3</sup> Goolishian, H. A. y Anderson, H.: “Narrativa y Self. Algunos dilemas modernos de la psicoterapia”. En: Fried Schnitman, Dora comp., *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires, Paidós, 1994. pp. 293-306.

<sup>4</sup> Larraín, Jorge: *Identidad Chilena*. Editorial LOM, Santiago, 2001.

construcción de esta identidad. Larraín propone tres elementos constituyentes de la identidad:

1. La cultura, ya que los individuos se definen a sí mismos bajo ciertas cualidades o categorías sociales: religión, clase social, nacionalidad, sexualidad, género, etnia. Desde aquí aparece la noción de identidades culturales.
2. Los objetos materiales, en la medida en que los sujetos los producen y proyectan en ellos sus cualidades e incluso su propia imagen.
3. Los “otros”, con quienes el sujeto identifica algunas de sus cualidades, pero que también aportan en su construcción de identidad a través de sus distinciones. El individuo se refleja en el otro y recibe una imagen que éste le proyecta *“el sujeto se define en términos de cómo lo ven los otros (...) De este modo la identidad socialmente construida de una persona por ser fruto de una gran cantidad de relaciones sociales, es inmensamente compleja y variable, pero al mismo tiempo se supone capaz de integrar multiplicidad de expectativas en un sí mismo totalmente coherente y consistente en sus actividades y tendencias”*. (Larraín, 2001: 28- 29).

Todos los sujetos apelamos a estos elementos cuando respondemos a la pregunta en torno a lo que somos y a dónde pertenecemos. Tal cuestionamiento por parte del individuo conlleva una complejidad abismante puesto que, tal y como desde el siglo XIX y XX se viene reconociendo, el sujeto no es unidad, figura total y estable heredada desde el platonismo, sino que multiplicidad e inestabilidad, constante construcción. Según la lectura que Gianni Vattimo hace de Nietzsche, el autor explica la imposibilidad de hablar de las “cosas en sí” que no se dieran en referencia a un orden de sentido generado por el sujeto que las produce, sujeto que es también una “cosa” producida, metáfora o creación lingüística que *“se ha convertido en “una fábula, una ficción, un juego de palabras” (...) La estructura del lenguaje, y ante todo la gramática del sujeto predicado, de sujeto y objeto, y al mismo tiempo la concepción del ser que sobre esta estructura ha construido la metafísica (con los principios, las causas, etc.), está totalmente modelada por la necesidad neurótica de encontrar un culpable del devenir”*.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Vattimo, Gianni: “Nietzsche y el más allá del sujeto”. *En su: Más allá del sujeto: Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1989. p. 30.

Revisaremos cómo se va formando y narrando a sí mismo este sujeto múltiple, en permanente tránsito entre los discursos propios y los heredados por la colectividad y la incertidumbre de un presente y un futuro en cual ya no se cuenta con el amparo de la pertenencia a una tierra y a una tradición específica. ¿Cómo se enfrentan a la crisis que la experiencia de la migración genera en su identidad? Postulamos que el individuo es capaz de construir ficcionalmente su identidad en base a la memoria, a sus diálogos y quiebres con ella. El lenguaje tiene, por tanto, un rol preponderante en el momento en que un individuo da “cuenta de sí”.

Larraín no hace mención a esta dimensión de la identidad cuando realiza la categoría antes expuesta, por ello, y en relación con la problemática del sujeto expuesta a partir de Nietzsche, es interesante plantear el tema de narrativa y “*self*”, ya que tal como señalan Harold Goolishian y Marlene Anderson, la noción del “sí mismo” se ha convertido en una reflexión importante en la psicología y la psicoterapia en tanto puede ser observado y analizado: *“Así la pregunta “¿qué es el self?” implica la existencia de algo central a la humanidad, un núcleo fundamental inherente a la condición humana, y esa esencia distingue al sí mismo de todas las demás sustancias conocibles y observables.”* (Goolishian, H. A. y Anderson, H., 1994: 294).

Desde hace algunas décadas los psicoterapeutas han visto las ventajas de entender al sí mismo como un narrador que se cuenta a sí y a los otros, y que también recepciona las historias que los otros le cuentan sobre él; según esto, nos constituimos en coautores de los relatos sobre nuestra identidad, en constante relación con la *“historia de nuestro pasado narrado y en los múltiples contextos de nuestras construcciones narrativas”*. (Goolishian, H. A. y Anderson, H., 1994: 297). En este sentido, los seres humanos contamos con la capacidad de transformar mediante el lenguaje nuestra historia pasada, presente y futura. Por lo tanto el *self* es una expresión cambiante de nuestra particular narración, no una identidad estable a lo largo del tiempo. El *self* habla de nosotros y de nuestra identidad, y resulta aplicable dicha noción a los narradores de los cuentos que tratan la migración ya que, como señala Jorge Larraín, *“Las identidades culturales funcionan produciendo significados e historias con los cuales las personas pueden identificarse”* (Larraín, 2001: 29), y en este sentido podemos emparentar el trabajo de la memoria con la narración del *self*, en la medida en que éste se alimenta de los relatos que los otros, en este caso la colectividad de la que el sujeto se siente parte, ha construido en torno a sí misma.

Por lo general la crítica en torno a la escritura de migrantes árabes y judíos ha insistido en enfatizar el carácter testimonial de éstos, bajo la premisa de que los autores plantean ahí mucho de sus propias vivencias de migración,



desterritorialización y adaptación al nuevo medio que han y los ha adoptado. Proponemos realizar un análisis amparado en lo antes señalado, y con la mirada puesta en los narradores de los cuentos, su propia construcción de sujetos con una identidad conflictuada por la separación entre el sujeto que se era en el “allá” y el que se está construyendo en el “acá” en el caso de algunos protagonistas de Auil, y el sujeto desterritorializado que con frecuencia se nos presenta en los textos de Marjorie Agosín.

En los relatos que revisaremos, vemos que gran parte de los ordenamientos de los personajes están dados por sus recuerdos, sean personales o comunitarios. Dichas memorias les dan coherencia a su identidad a lo largo del tiempo, de las historias de vida. El sujeto puede cambiar de lugar geográfico, alejarse de sus tradiciones, pero en tanto es capaz de recordar mantiene, trabaja por mantener, una identidad que siente le da unidad frente a la dispersión y la pérdida de sí.

Si bien los personajes no plantean de manera explícita el cuestionamiento por quiénes son, es posible ver en sus narraciones los estragos que han dejado ciertos hitos sobre sus subjetividades, especialmente el tema de la migración, la guerra y el holocausto, hecho que revela la necesidad de buscar relatos comunitarios que también den cuenta de una parte de ellos mismo.

## 1. Judíos y árabes en la historia y la literatura de Latinoamérica y Chile. Breve contexto histórico.

Nos parece interesante destacar que ambos pueblos corresponden a la cultura semita, denominación étnica que responde a una construcción cultural y lingüística, referido a los hablantes de lenguas semíticas, utilizadas en un amplio espacio geográfico del lejano y próximo oriente. Dentro de esta rama lingüística están el árabe, el hebreo, arameo, asirio, entre otros.

La expresión semita deriva del vocablo *Sem*, nombre del segundo hijo de Noé, puesto que, según la tradición bíblica, su descendencia sería la base de los pueblos semitas. Las lenguas semitas se dividen en varias ramas respondiendo a una clasificación geográfica. La más hablada actualmente es la lengua árabe, lengua religiosa del Islam y lengua oficial de 20 países, variando entre un árabe dialectal que cambia de acuerdo a la geografía y distintos pueblos árabes, y el árabe oficial y literario que es único.

El hebreo pertenece a la rama de las lenguas cananeas (dentro de las lenguas semíticas occidentales), y a diferencia del árabe no sobrevivió más allá del siglo II. En la actualidad se le utiliza con fines litúrgicos judíos, y en el siglo XII su uso externo al culto también fue continuado gracias al empeño de los sionistas<sup>6</sup> y se ha convertido en la lengua central de Israel.

No es extraño encontrar diversas comunidades de migrantes y sus descendientes en todas partes del mundo; sin embargo, particulariza a los grupos árabes y judíos el riguroso cuidado que mantienen en relación a sus tradiciones, uniéndose fuertemente en los lugares que adoptan como hogar. En algunos casos tal factor ha sido fuente de dificultades en el momento de adaptarse en las naciones que los reciben.

Latinoamérica también ha acogido importantes oleadas de árabes y judíos. En Chile es emblemático el caso de los árabes, siendo uno de los países que tiene la mayor comunidad palestina en el mundo.

Múltiples grupos étnicos han llegado a Chile. Estos grupos migratorios se han asentado a lo largo del territorio nacional durante la mitad del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Entre ellos miles de migrantes árabes y judíos, cuyos

---

<sup>6</sup> El sionismo es un movimiento político internacional que buscaba el reestablecimiento de una patria propiamente judía en el estado de Israel. Fue éste un poderoso promotor para el establecimiento del Estado moderno de Israel en 1948, único estado judío en el mundo.

descendientes forman parte de la sociedad chilena. La integración de estos migrantes ha sido un proceso largo y muchas veces complejo. El escaso conocimiento del “Otro” lleva al surgimiento de prejuicios, estereotipos y percepciones erradas con respecto a quien prácticamente no conocemos. Aparece entonces la discriminación.

Algunas fuentes indican que 1854 fue el año de las primeras migraciones árabes hacia América. Una primera época de este proceso va desde 1900 a 1914, debido a los acontecimientos políticos y militares que más tarde darían origen a la Primera Guerra Mundial. La mayor parte de los migrantes eran árabes del Líbano y Siria, de religión católica, educados para hablar varias idiomas como el inglés y el francés (estos hechos están presentes en los cuentos de *Aldea Blanca*) que buscaban mejores condiciones de vida; señala María Olga Samamé que los árabes escogieron América por tener una visión utópica de ella, visión que le otorgaba excelentes condiciones para el progreso económico y social.<sup>7</sup>

En Chile comenzaron a asentarse desde 1885 y sobre todo en la década del 30, impulsados por la buena acogida por parte de la política chilena a los migrantes (aunque especialmente europeos). Los primeros árabes se dispersaron a lo largo del país, frecuentemente en los lugares más apartados de nuestra geografía<sup>8</sup>, y recibieron a sus familiares recién llegados, a quienes convocaban a través de “llamadas en cadenas”; de esta manera se establecieron comunidades familiares que les devolvieron un sentido de pertenencia e identidad. Una segunda venida importante se desencadenó desde 1920 a 1940, principalmente palestinos.

La producción literaria de los descendientes de árabes en Latinoamérica se ha denominado literatura neomahyarí y sus temáticas son amplias, incluyendo en ellas la nostalgia por la tierra de origen, ya sea de sus antepasados o la suya propia en el caso de los migrantes directos, y el problema de la identidad y la conservación de la memoria.<sup>9</sup> También editaron, tempranamente, periódicos propios en los cuales era frecuente ver publicados sus relatos literarios.

Escritos que dan cuenta de la gran travesía realizada por los migrantes árabes de las primeras décadas del 1900 son: *Memoria de un emigrante* de Benedicto Chuaqui (nacido Homs, Siria en 1895), *Aldea Blanca* de José Auil (nacido en Dair

---

<sup>7</sup> Samamé, María Olga: “Presencia árabe en la literatura hispanoamericana: el caso de Chile.” Casa árabe [en línea] < <http://www.casaarabe-ieam.es/publicacions/index/textos>> [consulta: 8 octubre, 2010].

<sup>8</sup> El gobierno chileno realizó llamadas a migrantes extranjeros con énfasis en la comunidad europea, para quienes se destinaban las mayores facilidades. Los recién llegados árabes aprovecharon esta instancia, pero con el conocimiento de que no eran el pueblo que idealmente se esperaba. Es por este motivo que buscaron los lugares más apartados de Chile para asentarse.

<sup>9</sup> Samamé, María Olga. “Producción literaria de los descendientes árabes en Chile y en las Américas.” Casa árabe [en línea] < <http://www.casaarabe-ieam.es/publicacions/index/textos>> [consulta: 8 octubre, 2010].

Atiyya, Siria en 1900) y *El valor de vivir*, de Ema Cabar (Nace en Beit- Jala, Palestina en 1907).<sup>10</sup>

En cuanto a la llegada de los judíos a nuestra nación, tal proceso comenzó en la época de La Colonia luego de que el pueblo fuese expulsado de España en el 1492 bajo el edicto de la Alhambra. Este grupo es conocido como sefarditas (nombre que reciben las comunidades hebreas que se establecieron en la Península Ibérica, y luego de ser expulsados, en el imperio otomano y América Latina). Una segunda llegada significativa se produjo en los primeros años del siglo XX, motivada por la decadencia del imperio otomano que obligó tanto a árabes como a judíos sefardíes a emigrar. Al mismo tiempo escapaban de Rusia y otras naciones europeas los judíos asquenazí, que tradicionalmente hablan el yiddish. Nuevamente la violencia y la persecución en Europa trajeron, durante los años de la segunda guerra mundial, a miles de judíos escapando del nazismo. Estos distintos grupos de judíos, los asquenazí europeos y los sefardíes españoles, conviven en nuestro país con sus variantes culturales y sus memorias ancestrales.

Tal como en la situación de los árabes recién llegados, muchos judíos se dedicaron a escribir sus memorias de viajes, y destacados escritores descendientes continuaron con dicha temática iniciada por sus padres: *Donde mejor canta un pájaro* de Alejandro Jodorowsky, *Sagrada memoria* de Marjorie Agosin, *Para siempre en mi memoria* de Sonia Guralnik, entre muchos otros.

Ambos grupos de autores no alejan sus propias vivencias de la imaginación creadora. Van constituyendo grandes narraciones que, como si se tratara de un gran tejido, van urdiendo con los hilos de sus tradiciones, patrias, familias, imaginarios.

---

<sup>10</sup> Mayor información sobre autores de origen y ascendencia árabe en Chile se encuentra en el estudio de Matías Rafide: *Escritores chilenos de origen árabe: ensayo y antología*. Santiago, Instituto Chileno-Árabe de cultura, 1989.

## 2. En busca de la memoria colectiva. La identidad del sujeto en diálogo con su marco socio- cultural.

*“¿Y este recuperar uno el conocimiento de sí mismo, no es recordar?”*

*Fedro  
(Platón)*

En el texto “¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?”, Elizabeth Jelin<sup>11</sup> se pregunta por el sujeto que recuerda ¿quién es este sujeto? El individuo que recuerda y olvida está marcado por su subjetividad, sus propios procesos vivenciales, pero estos están vinculados estrechamente con la sociedad de la que forma parte, la cultura a la que pertenece, esto es, tradiciones, lengua, historia, costumbres, religión, etc.

Para responder a la pregunta sobre su identidad, el sujeto necesariamente echa mano a estos elementos y desde ahí construye. En el mismo escrito, Jelin se pregunta cuánto es el peso del contexto social y de lo individual en los procesos de la memoria, y para analizar esto revisa el pensamiento de Maurice Halbwachs, quien trabaja con la noción de “marco social”, señalando que éste enmarca las memorias individuales. Para que el sujeto recuerde, necesita de los recuerdos de los otros, que se constituyen en grandes rituales, conmemoraciones y relatos de la comunidad.

Este último punto resulta clave para nuestro estudio, puesto que buscamos revisar cómo y en qué medida está presente la memoria social en los escritores que tratamos ¿qué construcciones identitarias se elaboran a partir de la memoria colectiva que portan los personajes? ¿De qué forma el marco social se hace patente en las narrativas del sujeto que habla de sí mismo?

El tema de la memoria colectiva o marco social está presente en todas las culturas y en todos los individuos cuando pensamos en nuestra identidad. Sin embargo hay sociedades que enfatizan aun más en ello, por motivos históricos, religiosos, etc. Tradicionalmente judíos y árabes son reconocidos, y ellos mismo así lo asumen, por la importancia fundamental que dan a su historia colectiva a la hora de hablar de ellos mismos en tanto individuos. Todo judío y árabe se siente perteneciente a una raza de características nómades, milenarias, perseguidas.

---

<sup>11</sup> Jelin, Elizabeth: “¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?” En: *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI Editores, 2002, pp. 17- 37.

En cuánto al carácter de eternos viajeros, esto es más patente en la conciencia judía, y se encuentra estrechamente vinculado al tema de la persecución y el racismo. Sobre el factor de la migración hablaremos más adelante con detalle, por ahora nos interesa pensar el tema de la persecución racial de la que ambos pueblos dan cuenta y que, indefectiblemente, está patente en sus integrantes y la transmisión de los valores y costumbres como una matriz de identidad que se va desarrollando a lo largo del acto de contar(se).

## 2.1. Ejes de identidad. La memoria del racismo en una cultura discriminada.

Tal como señala Todorov en el capítulo “La raza y el racismo”<sup>12</sup> resulta evidente que todos los seres humanos somos similares y al mismo tiempo diversos, lo verdaderamente importante radica en determinar cuáles son los terrenos de la identidad y desde dónde parte el de las diferencias, y las relaciones que se establecen entre ambos. Estamos en medio del objeto del estudio de las razas, en donde se plantea la distinción entre dos nociones: racismo y racialismo. La primera designa una conducta de menosprecio y desagrado frente a personas con características físicas e ideológicas distintas a las “nuestras”, por su lado el racialismo es un movimiento de ideas, una doctrina sobre las razas (en la cual se basa el racismo) que surgió en Europa Occidental y su tiempo de apogeo estuvo entre el siglo XVIII y el siglo XX aproximadamente.

Aunque con el pasar de los años la marcada visión racista parece decaer, muchos sectores de nuestra sociedad aun mantienen firmemente estas ideas. Podemos pensar en el creciente auge de la ideología neonazi incluso dentro de países tan diversificados racialmente como los latinoamericanos, y aun más, sin que se reconozca de manera conciente muchas nociones clásicas del racismo siguen vivas en cada uno de nosotros, perpetuándose a través de nuestros discursos. El racialista clásico, como señala Todorov, se basa en la premisa de que todo sujeto está determinado por la raza de la que forma parte, esto le permite deducir una serie de características sobre su forma de vida.

---

<sup>12</sup> Tzevetan, Todorov: “La raza y el racismo.” En: *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI Editores, 1991, pp. 115- 155.

Es interesante ver cómo con frecuencia los mismos sujetos discriminados se hacen cargo de estos discursos, reapropiándose los. En la situación que nos atañe, el antisemitismo que acusan algunos de los relatos, corresponde, según Todorov, a una variación del racismo clásico, debido a que los rasgos físicos de esta raza no son de una marcada diferencia, por lo tanto sobre ellos se acciona un racismo netamente cultural, persistente a largo de los siglos puesto que incluso ellos mismos lo han avalado, de cierta manera, al dar gran importancia a la pureza de la raza judía. Esto lo vemos en uno de los principales ordenamientos de la tradición judía: es judío quien ha nacido de madre judía. En este sentido, hay una comunidad imaginada desde el mismo judaísmo, una narración propia, mediada por los discursos ajenos, que ha se ha mantenido en todas las épocas, siendo heredada y repetida por los descendientes.

Podemos hablar de una memoria del racismo que es como una satélite identitario para quienes pertenecen a estas culturas, puesto que, como señala Jelin, con la finalidad de fijar ciertos parámetros de la identidad el sujeto elige determinados hitos a través de los cuales entra en relación con los “otros”, tanto para identificarse o para diferenciarse. (Jelin, 2002: 25).

Revisemos, a grandes rasgos, las particularidades y semejanzas en los casos del mundo judío y árabe.

### **2.1.1. El racismo en torno a la cultura judía.**

En los sucesivos estudios críticos sobre el judaísmo, se ha enfatizado en la relevancia que tiene el peso de tradición religiosa y cultural y la milenaria historia del pueblo hebreo en la constitución de la identidad colectiva y personal de los judíos. Muchos se han preguntado ¿qué es ser judío? Definitivamente pertenecer a un determinado territorio no lo es. La tardía constitución del estado de Israel les ha otorgado a todos los judíos el derecho a una ciudadanía, pero que no todos ejercen ni se reconocen en ella; en tal caso es más próxima la experiencia de los sucesivos éxodos, ahí hay un punto importante, tristemente lo es también el sentimiento de persecución y discriminación: el judío errante, el perro judío, son nominaciones ya clásicas con las que los mismos escritores judíos dialogan en sus obras.

Hitos históricos como los pogroms rusos, el holocausto nazi, las sucesivas expulsiones desde diversas naciones y el más cotidiano de los ataques discriminatorios que perduran hasta hoy: la nominación del judío como avaro y ladrón;

son ejes tan recurrentes en la memoria de esta cultura, que inexorablemente aparecen en la construcción identitaria de cualquier judío que se narre a sí mismo, aun cuando hechos como el holocausto les sean cercanos sólo por los relatos sociales de los que son receptores. Es por ello frecuente encontrar en los escritores descendientes de judíos marcadas menciones sobre el tema; en el caso de la escritora que estudiamos, Marjorie Agosín, esto es también evidente. Ella trabaja con la discriminación y la persecución en sus cuentos, sus personajes hablan muchas veces desde este lugar y narran su ser y su vida a partir de este horror. En algunos casos la autora elabora personajes que han vivido la experiencia del holocausto

*“Al igual que yo, Olga se cubría los brazos. Ella dice que es porque su tatuaje es demasiado provocador, pero sólo yo sé la verdad. En realidad es el tatuaje de Auschwitz que ella lleva en el brazo y lo cubre con plumas de paloma y encajes negros. Yo también estuve en Auschwitz y para inventar la memoria me imaginaba largos conciertos de violín y flauta (...) Yo también me acerqué a ella en la sombra de la noche. Nos desnudamos y así pudimos mirarnos los brazos. Teníamos el mismo número tatuado, teníamos los mismos ojos color de ámbar. No sabíamos en qué ducha, en qué jardín de los demonios habían quedado nuestros padres (...) Es la primera vez que la veo desnuda y llevamos el mismo número tatuado en una innombrable memoria”.*<sup>13</sup>

El personaje de este relato se construye desde la memoria del dolor y la violencia que ha quedado explícitamente marcada en su cuerpo, pero también se configura desde la visión de los estigmas del otro. Se unifica con ese otro y mediante esta operación, se hace una con su pueblo violentado.

En otras ocasiones el personaje busca articular su identidad a través de la memoria de otro que le es próximo. Así narrativamente se convierte en el sujeto torturado, aunque no sea su experiencia real- histórica. Esto nos parece aun más interesante desde una aproximación a la narrativa de la identidad, puesto que la ficción narrativa les permite ser ellos mismos quienes viven el hito y cargan en sus propias carnes y emociones el dolor de sus familiares o comunidad. *“Esta falta de experiencia los pone en una aparente otra categoría: son “otros/as”. Para este grupo, la memoria es una representación del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diversos/as “otros/as”.* (Jelin, 1994: 33).

---

<sup>13</sup> Agosín, Marjorie: “Olga”. En su: *Las Alfareras*. Op. cit, pp. 61-63.



*“Desde edad incierta, se acercó a su madre que tenía el aspecto de una desgarbada y nefasta dama con dientes azules de porcelana. Ella, la madre, había emigrado a Hungría, escondiendo las huellas de Húngara, gitana y de judía (...) Durante años, intentó acercarse a ese hotel (...) Él se soñaba en la mesa de los fatuos, con trajes de gala que jamás ocultaban su verdadera identidad, la de un pobre judío de Sudamérica que estudió medicina para poder pasar los veranos en St. Paul de Vance, en aquel suntuoso hotel donde cada año las damas del océano se sentaban en las terrazas suntuosas, con sus guantes de encaje y terciopelo y hablaban del cambio de las criadas y de las estaciones del odio (...) El repertorio de flores tan común en el sur de Francia yacía en las mantas invisibles del olvido y así, en la tristeza del silencio y el abandono: la madre y el hijo, brindaron por haber por fin llegado a aquel hotel rodeado por la memoria de unas púas que cercaban el lugar, prestando una luminosidad de pavorosa soledad. El se desnudó, se despojó de sus atuendos y por fin se dirigió sonámbulo al cuarto de gas azul.”<sup>14</sup>*

Mediante la metáfora del hotel- campo de concentración, vemos el deseo de acercamiento por parte de los descendientes a ese lugar “otro” y también “otro” momento histórico que ha determinado, aún en su distancia, tan poderosamente sus vidas. El sentimiento de otredad que busca reconocerse culmina con la apropiación narrativa de la experiencia, uniendo así entrañablemente a la madre con el hijo en una sola identidad victimizada. Madre que puede ser también metáfora del horror, de la que el sujeto se niega desprenderse por cuanto ella también le permite responder por la pregunta sobre el ser - yo soy hijo del horror-.

Según Denise León *“Es evidente que la comunidad recuperada por los textos breves e impregnados de lirismo de Sagrada Memoria, no coincide con la familia o el país reales, sino que va creándolos desde la nostalgia en la medida en que la memoria se despliega como una tela, como una arpillera donde con distintos retazos se va creando una escena que tiene que ver sobre todo con la reminiscencia y el deseo.”*<sup>15</sup> Y lo mismo se aplica a las construcciones narrativas que realiza la autora en *Las Alfareras*, donde muchas de las protagonistas de sus relatos coinciden con las vivencias de Agosín, y están dando también cuenta de esos cruces identitarios que la autora expone en sus textos autobiográficos. El relato “Apellidos” es decidor en este

<sup>14</sup> Agosín, Marjorie: “Hoteles”. Op. cit, pp. 33-35.

<sup>15</sup> León, Denise: “Historias de extranjeros y exiliados. Autoconfiguraciones en la poética de Marjorie Agosín.” [en línea]. Revista Chilena de Literatura No. 71 (2007) <<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewArticle/1410/1698>> [consulta: 26 julio 2010].

sentido, pues la autora y la narradora se vuelven una sola voz determinada por la enunciación del nombre propio, en este caso el apellido Agosin que porta sobre sí una significación histórica y social: un apellido judío que es rechazado por los otros discriminadores, que ha sido perseguido y supliciado.

*“Mis familiares son gitanos itinerantes, analfabetos, desdentados y con la única posible profesión: sastres, pero no por flojera ni por falta de inteligencia (eso nos sobraba). Sabrán ustedes que como a los judíos se les prohibía la universidad en Rusia, les daban los oficios de la tela. Cuando en Rusia persiguieron a mis familiares instalados bajo sus paraguas, se marcharon a Turquía. También los echaron de Estambul y siguieron hacia Marsella, donde nació mi padre, que también fue echado del hospital por ser judío. Finalmente desembocaron en las costas del Pacífico, donde los judíos no eran exactamente queridos sino más bien ignorados.*

*[...] Con mucho desplante, le digo: señorita, yo soy judía, lo que implica ser carente de alcurnia, con cachos, usurera y mafiosa. Usted se sonroja y me pide perdón, pero perdón ¿por qué? ¿Por ser del pueblo más elegido y perseguido de la tierra?*

*[...] En mi pueblo hay poetas, matemáticos, sicólogos, pintores y estudiosos del Talmud (...) Soy pariente de Freud, de Marx, de Marc Chagall y a lo mejor de la familia Balmaceda...*

*[...] A fin de cuentas sé muy bien lo que soy: una judía de mierda para usted y para mi abuelo, una princesita rusa, a la que no le tatuaron los brazos, a la que dejaron vivir.”*

<sup>16</sup>

En este relato el sujeto Agosín cuenta a través de su apellido su historia familiar y con ello la historia de su pueblo, del que se siente íntegramente parte, afirma su identidad de judía, de judía rechazada. A través de una memoria socio- histórica cruzada por el racismo el sujeto se integra a la comunidad y desde ahí afirma su yo desde un polo negativo, pero también válido.

---

<sup>16</sup> Agosín, Marjorie: “Apellidos”. En su: *Las Alfareras*. Op. cit, p. 13 -15.

## 2.1.2. El racismo sobre el “otro” árabe.

“Turco”, esta designación ha sido ampliada a prácticamente todo el mundo árabe en América Latina desde la ignorancia y el racismo. La aplicación del término resulta especialmente despectiva y agravante para algunas comunidades puesto que ellas fueron dominadas por el imperio turco- otomano y en general porta un matiz negativo en su uso.

María Olga Samamé señala que en Chile *“La integración de los árabes fue compleja. Estaban conscientes de que constituían una identidad cultural definida: eran árabes de lengua y cultura, la mayoría de rito cristiano ortodoxo, con tradiciones y costumbres ancestrales, rasgos esenciales, respetados, compartidos y preservados desde antiguo (...) Percibieron que no se les reconocía como sujetos, ya que una parte de la sociedad chilena se sentía amenazada por sus rasgos acendrados en el pasado y reaccionaba marginándolos. Una parte de la población chilena dirigirá un sentimiento xenófobo soterrado que lentamente se aminorará cuando ese “turco” logre integrarse en este espacio.”*<sup>17</sup>

La situación del racismo sufrido por los árabes llegados a Latinoamérica también constituye un eje temático en la literatura de escritores de origen árabe. José Auil también lo expone en alguno de sus cuentos, pero no como un factor constitutivo de la identidad, sino que más bien es la respuesta a la discriminación lo que constituye al sujeto: el hombre que trabaja afanosa y honradamente en la sociedad a la que llega para establecerse con una buena reputación y éxito. El protagonista de “Patria y vida de los hombres” nos habla acerca del racismo, pero de una manera muy especial, es su amigo en Siria quien toca el tema, ante lo cual Jorge, el protagonista, expone un largo discurso en donde más bien agradece el trato y las oportunidades que se le han brindado frente a las persecuciones que sufrió en su propia tierra producto de la guerra

*“- Sé positivamente, como ex – periodista, que en algunos países sudamericanos, especialmente en décadas anteriores, nuestros compatriotas no gozaban de buen prestigio, ¿estabas, acaso, avergonzado de dichos compatriotas, o de tu país de origen, o no tuviste la suficiente valentía para defenderlos?”*<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Samamé, María Olga: “Presencia árabe en la literatura hispanoamericana: el caso de Chile.” Op. cit, p. 4.

<sup>18</sup> Auil, José: “Patria y vida de los hombres”. En su: Aldea Blanca. Op. cit, p. 70.

Se genera así un tipo de discriminación que ya no está determinada por la raza, sino que por la “otredad” que representa el sujeto que se ha ido para el que se ha quedado en una comunidad. Nadím censura a Jorge, el narrador, por haberse acomodado a las circunstancias de su nueva nación aunque con ello tuviera que negar su origen. Nadím no alcanza a comprender que Jorge ha debido reelaborar su identidad para establecerse exitosamente en América y que esto no implica necesariamente una renuncia a su identidad árabe.

*“Siempre he estado orgulloso de mi nacionalidad Siria. Jamás me ha faltado valor para defenderla.*

- *¿Por qué, entonces, procediste de aquella manera?, volvió al ataque.*
- *Por gratitud, por reconocimiento.*

*[...]*

- *Según mi conciencia, aún le quedo debiendo mucho a mi generoso país de adopción. Continúo trabajando para saldar la deuda. Por otro lado, cuando el gobernador de aquel territorio, en representación de su Excelencia el Presidente de la República, me entregó el decreto de mi carta de nacionalización, estreché mi mano y pronunció algunas palabras que, por mi emoción, no alcancé a comprender.”<sup>19</sup>*

Si bien en los cuentos de *Aldea Blanca*, José Auil omite los temas del racismo y discriminación que experimentaron los árabes llegados a América, sí nos plantea la respuesta que ellos ofrecieron: dedicación al trabajo para hacerse un lugar en la sociedad, y de manera muy interesante expone la discriminación que se establece entre los sujetos de una misma cultura cuando uno de ellos ya no pertenece íntegramente a ella. Sobre este punto reflexionaremos más adelante al tratar específicamente sobre la narración de los sujetos migrantes.

---

<sup>19</sup> *Ibid.* p. 71.

## 2.2. Ejes de identidad: la memoria de la tradición cultural.

### Ser judío, ser árabe.

La cultura no es un sistema rígido que se establece y se mantiene de una vez y para siempre. Está sujeta a constantes cambios y reinterpretaciones, ya sea por el contacto entre los distintos individuos, o con otras culturas, cambios de contextos, el paso del tiempo, entre múltiples factores. Estas transformaciones culturales también son evidentes en los pueblos que estudiamos, sin embargo árabes y judíos son culturas que han desarrollado un mayor cuidado sobre sus tradiciones frente a la erosión del tiempo y el sincretismo generado de las migraciones. Esta mantención de las tradiciones resulta significativa dado que *“El pasado del aprendizaje y el presente de la memoria se convierten en hábito y en tradición, entendida como “paso de unas generaciones a otras a través de la vida de un pueblo, una familia, etc., de noticias de costumbres y creaciones artísticas colectivas”, “circunstancia de tener una cosa su origen o raíces en tiempos pasados y haber sido transmitida de unas generaciones a otras”.* (Jelin, 1994: 26).

Los individuos encontramos un sentido de identidad en las tradiciones o costumbres que hemos heredado y según Jelin este sentido está ligado a las emociones y afectos que esas costumbres nos producen; en respuesta a esto buscamos continuarlas en nuestra cotidianeidad o también generar quiebres con respecto a ella, puesto que el sujeto va evolucionando, integrando y apartando elementos dentro de su labor de constitución.

Revisaremos de qué manera ciertos cuentos de *Las Alfareras* y *Aldea Blanca* se alimentan de las tradiciones judías y árabes y las van actualizando frente a los nuevos escenarios y nuevas articulaciones que los protagonistas ejercen sobre sí en el contexto de su vida en América Latina, conformando así tradiciones “otras” que ya no son esencialmente puras.

## 2.2.1. Las tradiciones judías presentes en la construcción de identidad en las narradoras nómades de Marjorie Agosín.

*“La identidad judía tradicional se apoyó en mecanismos de preservación asociados con el “imperativo de la memoria”, a través del cumplimiento de la exigencia religiosa de recordar y rememorar su pasado histórico”.<sup>20</sup>*

La identidad judía está definida a través del vínculo con el pasado histórico desde el grupo étnico, pero también desde el ámbito familiar, y en tal sentido los nexos de parentesco adquieren predominancia. La crítica que se ha encargado de estudiar las narrativas y poéticas de autores migrantes o pertenecientes a una cultura tan unida alrededor de sus tradiciones como la judía, señala que es constante ver dentro las autoconfiguraciones de estas voces, la apelación a la memoria colectiva, familiar y unido a ello lo personal, a la hora de dar respuesta a la interrogante identitaria. Aquí las mujeres cumplen el rol fundamental, pues en ellas recae la tarea de ser las transmisoras de la tradición.

En el caso de Marjorie Agosin, su madre es la principal portadora de este tesoro cultural, como ya fue señalado, algunos de los relatos de *Las Alfareras* hacen mención directa a la vida de su autora y en la serie de relatos que compone “El insomnio de la buganvillea” la madre es la figura fundamental, donde la flor designa narrativamente a Frida Eugenia, la insomne madre de la también insomne autora.

Frida es la que entrega las voces de los antepasados y de los mandatos de la religión a la niña judía chilena que está en permanentes cruces identitarios.

*“En una de sus noches insomniadas, me contó que soñaba con el viejo barrio de Lisboa, y que subía como enloquecida y que oía tras los umbrales raídos, voces melódicas acechándole el cuerpo e incitándole al baile [...] A veces, cuando a mí también me contagiaba el deseo del insomnio, me acercaba a ella y le miraba su*

---

<sup>20</sup> Lewin, Helena: “Identidad judaica: Reflexión sobre la comunidad de Río de Janeiro”. *Encuentro y alteridad: vida y cultura judía en América Latina*. Citada en: Massmann, Stefanie: “Árbol genealógico y árbol de familia: dos figuras de la memoria en relatos de inmigrantes judíos.” *Revista Estudios Filológicos* n° 40 (2005), pp. 131-137.

*lengua lacia y diáfana que se iluminaba al balbucear, porque mi madre hablaba, recitaba, cantaba y rezaba mientras no podía dormir y de su boca emanaban palabras ajenas y familiares.*<sup>21</sup>

No es azarosa la imagen de la “lengua materna” que durante la el insomnio prodiga los cantos y los rezos que su han venido siendo repetidos a través de la memoria familiar, y aquellos que se han ido sumando con los innumerables viajes. La hija que la observa ve ahí un amplio devenir histórico que luego ella misma difunde a través de la escritura.

El judaísmo es una religión que se ancla en la memoria histórica que porta la Biblia. Es precepto divino y primordial recordar a Dios, recordar los cultos, y estos se protegen frente a cualquier tipo de viaje y sincretismo. Las comunidades judías repartidas a lo largo y ancho del globo aún mantienen las costumbres del Shabat, Januca, la fe en la venida del Mesías, entre muchas otras. Extraviada entre las tradiciones que sólo ve ejercidas dentro de su familia y las prácticas de la sociedad chilena, la protagonista de esta serie de relatos va actualizando las costumbres y las creencias judías a su identidad múltiple,<sup>22</sup> de tal modo que a los ritos judíos se suma la fe en santos locales . Pero esta fe no deja de estar mediada por las mujeres judías de la familia y principalmente por la narradora, que termina por descreer de cualquier tipo de fe luego de exponer la problemática de este sincretismo religioso.

*“Mi abuela comenzó a interesarse por Santa Teresita cuando supo que le gustaban las gardenias y que su madre solía prostituirse en los pueblos precordilleranos [...] Yo también comencé a guardar sus estampas, pero en vez de confesarme, le pedía cosas; no asuntos de dinero, pero sí recetas para el amor [...] Se lo conté a mi tía Luisa, la que lava a los muertos en su comunidad judía. Se horrorizó ante mi devoción y en el secreto más austero del silencio confesó que ella también tenía una estampita debajo del velador y le rezaba por sus hijos vivos y muertos [...] Durante años mi familia fue devota de Santa Teresita de los Andes. Hacían peregrinaciones a sus santuarios, para lo cual escondían al Magen David y yo me ponía una crucecita azul. Nos gusta Santa Teresita porque tiene los ojos verdes, pero sobre todo porque es un alma buena, y al diablo con las religiones. Somos todos paganos y rebeldes.*<sup>23</sup>

---

<sup>21</sup> Agosín, Marjorie: “La soñadora de peces.” *En su: Las Alfareras*. Op. cit, p 84.

<sup>22</sup> Retomaremos este concepto con mayor precisión más adelante, al hablar sobre la experiencia de la migración en estos autores.

<sup>23</sup> Agosín, Marjorie: “Chepita”. *En su: Las Alfareras*. Op. cit, p. 85.

Esta posición escéptica de la narradora se continúa desarrollando en otros relatos generando así un progresivo distanciamiento frente a los discursos de la tradición religiosa judía. La protagonista genera quiebres con la figura del Mesías al señalar que *“Jamás entendí por qué esperábamos a alguien que ni siquiera creemos está en el cielo (...) A mi edad ya me cansé de esperar la llegada de un señor.”*<sup>24</sup>

En la labor de ir armando su identidad la narradora genera quiebres discursivos con las más arraigadas creencias de sus ancestros, ironizando y parodiando

*“Supe que la historia de este pueblo, que no tiene nada que ver con la raza de los elegidos, tiene que ver con la paciencia de los milenarios. Me decía mi padre que tenemos un calendario de más de cinco mil años y que cada día de los días sagrados nos golpeamos el pecho una y otra vez para cerciorarnos que Dios, el impronunciable, nos aguarda y que nos enviará al Mesías.*

*Mi padre murió en el mismo sillón de brocado con sus chales azules siempre a la espera del Mesías [...] Nadie me dijo si el Mesías era gordo o flaco, si tenía los dientes completos, porque en el tercer mundo, tener dentaduras completas, eso sí que es señal de prestigio.”*<sup>25</sup>

De esta manera vemos que la protagonista se apropia de las tradiciones y creencias heredadas por su familia y da cuenta de ellas en sus narraciones, pero no las asume íntegramente, sino que las reelabora en base a su subjetividad de individuo en tránsito cultural, toma distancia crítica y se posiciona desde una otredad frente a estos discursos canónicos. A pesar de este distanciamiento, la permanencia de la tradición como importante legado a los hijos se mantiene en su conciencia. En el relato “Moisés”, la narradora cuenta que su padre desde niña le decía que Dios no existía y ella sólo comienza a creer en él cuando el mismo padre cae enfermo y ella necesita tener a quien rezar. La figura de Dios queda fijada como la de una imagen perteneciente a una canción de la nostalgia, cantos propios de la religión judía. En la conciencia de la narradora perduran las imágenes de insectos que le recuerdan a su padre y la de Dios está imbricada con la nostalgia de la tradición, puesto que aunque su padre no creyera en él, ella lo mantiene como una imagen que ha de heredarse

*“Ahora es mi hijo Joseph quien se interesa por la moscas, y le gusta la tranquilidad de la nostalgia. Es meticuloso en el aseo de sus manos al igual que su abuelo. Lo miro y*

<sup>24</sup> Agosín, Marjorie: “El Mesías”. *En su: Las Alfareras*. Op. cit, p. 86.

<sup>25</sup> *Ibid.* 85.



*sé que la muerte jamás podrá deshacer el amor por los insectos, la pasión por Dios y nuestros secretos.*<sup>26</sup>

La narradora acaba por analogar la figura de su hijo con la del padre, al que desde niña se siente muy unida, a través del gusto por los insectos, y luego también lo vincula con toda su tradición judía a través de la presencia de Dios, que en el relato en torno al padre fue, más bien, una ausencia. De tal forma, la sujeto que construye este cuento va rescatando memorias familiares y judías en general, para armar una imagen aún más completa tanto de sí misma como de su prole, puesto que todos ellos forman parte de un proceso de adaptación entre el entorno presente y universal, con un pasado que se va actualizando mediante los relatos y las costumbres familiares judías.

Tales actualizaciones, en la medida en que forman parte de una memoria, no son fijas y objetivas, cada uno de los eslabones de esta cadena: abuelos, padres, etc., van aportando con su cuota de imaginación y personal visión de la historia, produciendo nuevos significados a los recuerdos que se heredan "(...) cuando decimos que un pueblo recuerda, en realidad estamos diciendo en primer lugar, que un pasado fue transmitido en forma activa a las generaciones contemporáneas a través de la memoria y en segundo lugar, que ese pasado que se transmitió, se recibió como cargado de un sentido propio."<sup>27</sup>

## **2.2.2. El marco social árabe y su influencia en los relatos de autoconfiguración del sujeto árabe – latinoamericano.**

José Auil va recuperando laboriosamente en sus cuentos memorias típicas y tradicionales de la cultura siria. "Aldea Blanca" ha sido definido como un trabajo que *"recrea en la escritura la memoria de la aldea natal; en su caso a través de una serie*

---

<sup>26</sup> *Ibid.* 92.

<sup>27</sup> González Zúñiga, Marcelo: *El pasado es prólogo. Cuatro cuentos judíos- norteamericanos para recordar*. Tesis (Licenciado en Humanidades con mención en Lengua y Literatura Hispánica). Santiago, Chile. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1998,

*de estampas que bien pueden valer como cuentos para ser leídos a los hijos o nietos que nunca estuvieron allí.*<sup>28</sup>

El cuento *El seis cinco* da cuenta de esta labor de la memoria de las costumbres en función de su perpetuidad. Lo más llamativo de este relato, para nuestro estudio, es ver que el autor mezcla lo tradicional con las nuevas costumbres y experiencias que se le presentan; puesto que el juego resulta llamativo para los descendientes latinoamericanos del protagonista, quien mantiene el juego junto a su mujer y amigos más cercanos. Descendientes y conocidos chilenos le piden que se los enseñe, constituyéndose en juego en un eje de transmisión cultural

*“Prácticamente, podríamos considerar que el “Sheish- Beish”, seis-cinco, es por excelencia el juego característico del Centro y Medio Oriente ¿Cuál fue su origen? ¿Por qué no se extendió al Occidente como el ajedrez?*

*Desde pequeños estábamos familiarizados con este juego. Nuestros padres y parientes lo practicaban con frecuencia, especialmente los días domingos y festivos.*

*[...] Mis dos nietas, de diez y doce años respectivamente, observaban con manifiesto interés una partida que jugaba con la abuelita. Se les iba la mirada detrás de los dados juguetones...*

*[...] - ¿Abuelito?- Preguntó la mayor - ¿Por qué no nos enseña este juego bonito?”*<sup>29</sup>

Otro elemento interesante de este cuento es que revela los cambios que experimenta el juego al ser practicado en un nuevo territorio. Para poder adecuarse a sus nuevos usuarios, el seis cinco se ve obligado a modificar su tradicional manera de ser llevado a cabo y esto no deja de perturbar a sus originales jugadores

*“Jugó Silva y sacó un seis-uno. Optó por nombrar la jugada en castellano, pues no dominaba aún los nombres persas y turcos. Traslado una ficha del ángulo superior derecho, moviéndola seis espacios, y la coronó con otra al lado, deslizándola un espacio formando una base.*

*Sabry, extrañado, consultó con una mirada al árbitro, como quien quiere decir, si se permitía enumerar las jugadas como lo hizo Silva.*

*- No hay inconveniente- fue la respuesta del árbitro.*<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Cánovas, Rodrigo: “Voces inmigrantes en el relato chileno: de árabes y judíos”. *En: Crítica y literatura: América Latina sin fronteras*. Olbeth Hansberg y Julio Ortega coordinadores. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. Pág. 97.

<sup>29</sup> Auil, José: “El Seis cinco”. *En su: Aldea Blanca*. Op. cit, pp. 138- 139.

<sup>30</sup> *Ibid.* p. 152.

Junto con el sujeto emigrante vienen una serie de tradiciones desconocidas para quienes le rodean en su nueva geografía, algunas prácticas pueden ser censuradas y discriminadas, otras se integran y acomodan a las nuevas circunstancias. En el caso de este cuento se aprecia que aquí son los árabes los que no se sienten del todo conformes con la reapropiación del juego, el cual se vuelve un punto de conflicto puesto que Sabry, árabe y experto jugador, no gusta de las formas jugar del chileno Silva, y aún menos que éste a momentos lleve la victoria en un juego que Sabry siente le pertenece.

Esta imagen del sincretismo contrasta con la partida final del juego, llevada a cabo por el narrador y Sabry, ambos de origen árabe, donde el juego se realiza del modo típico y les permite dar cuenta de una serie de costumbres que subyacen a el

*“- Dígnese usted iniciar el partido.*

*- Este honor le corresponde a usted- protesté suavemente. Aún me quedaban en la*

*memoria algunos hábitos de cortesía del Medio Oriente.*

*- Usted es mi huésped, ahora; le debo atenciones.*

*- Debo respetar sus venerables años- fue mi respuesta.*

*- Las cejas se ubican siempre por encima de los ojos-, mencionó el difundido refrán. Este puesto le corresponde.*

[...]

*Me acordé de un santo milagroso cuya tumba yace en la mezquita de Omeya, en la ciudad de Damasco, muy venerada y visitada. “Mar Yah- Ya”, imploré: ¡Concédeme un Sheish- Beish, seis- cinco, por favor!*

*El poder del santo y mi profunda fe realizaron el milagro.”<sup>31</sup>*

*Aldea Blanca* es un libro que relata detalladamente costumbres del mundo árabe, desde la importancia de la conversación en torno al café y la narguilé, los sabios consejos que se entregan entre los amigos, las tradiciones en torno a la tierra y la cosecha. Todo recuperado de manera íntegra tal como el autor lo ha retenido en su memoria, estableciendo con ello una aproximación identitaria que se mantiene a lo largo de los años y la distancia, pero que es susceptible de caer en idealizaciones y utopías de un recuerdo que pueden no corresponder íntegramente a la realidad.

Sin embargo también hay cuentos que narran las penas que contrajo la primera guerra mundial para Siria, como parte del imperio otomano, y que finalmente

---

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 159 y 162.

desencadenaron las grandes migraciones. “Patria y Vida de los hombres” muestra un detallado relato del protagonista en torno a la violencia y represión de esos días, por parte del propio imperio, sobre las provincias. En otros casos se muestran las discordias de tipo religioso, ya que si bien el imperio toleraba las prácticas cristianas y judías<sup>32</sup>, en la vida cotidiana de los pueblos existían divisiones y situaciones de conflicto. Este hecho se retrata en el cuento “La batalla”, pero el desenlace resulta positivo, pues los líderes religiosos acaban por limar las asperezas en beneficio de una convivencia pacífica.

A pesar de estas pocas excepciones, los cuentos ofrecen en general la imagen de una Aldea Blanca, y una Siria, como comunidad utópica, habitada por hombres sabios, bondadosos y dispuestos a ofrecer lo mejor de ellos para el surgimiento de todo el poblado.

---

<sup>32</sup> El credo oficial del imperio otomano era el musulmán, Islam, pero admitía el cristianismo y el judaísmo por ser “pueblos del libro”, al compartir la importancia dada al antiguo testamento.

### 3. Relato del exilio. La narrativa en torno a una identidad migrante.

Judíos y árabes pertenecen a grupos mayores con una marcada identidad cultural, pero en el caso de nuestros autores, esta pertenencia se ve conflictuada por la experiencia de la migración, que los ha sacado desde el núcleo de sus comunidades, instalándolos en nuevas realidades con sus propias y diferentes construcciones culturales. Auil creció en su Siria de origen, llegando a temprana edad a Chile, muchos de los protagonistas de sus cuentos reflejan esta vivencia ¿de qué manera el pasado y su identidad árabe se manifiestan junto a la vida en Latinoamérica (en algunos casos Chile) y la identidad de un individuo emigrante que debe reacomodarse y crear filiaciones en un nuevo entorno y desde ahí reformular su identidad en permanente diálogo con el pasado?

Las protagonistas de los relatos de Marjorie Agosín también son, en algunos casos, proyecciones de la experiencia de la autora como hija de inmigrantes chilenos-judíos que llegan a vivir a Chile y tras algunos años deben emigrar nuevamente ¿Cómo dan cuenta de estos quiebres las protagonistas de los relatos?

En los cuentos podemos ver, a grandes rasgos, los siguientes movimientos  
Identidad reflejada en:

- 1) Pertenencia a un lugar geográfico, a una cultura específica, al modo en que el sujeto se narra en estos elementos.
- 2) Migración, trauma por la distancia de lo conocido, pérdida de certeza sobre el lugar que se ocupa en el mundo.
- 3) Adaptación, reconocimiento en la cultura de la nación adoptiva, distanciamiento progresivo de la tradición de origen.

Con respecto al factor de la memoria de la migración cabe observar que las transformaciones en la identidad de los judíos y árabes residentes en América latina, y en este caso Chile, ha mostrado sus constantes transformaciones dentro de la literatura. Si bien la primera oleada de emigrantes desarrolló poesía, cuentos y novelas que mostraban una identidad que me mantenía firmemente comprometida con su pasado, fundamentos religiosos, lengua (yiddish, árabe) y geografía, las generaciones posteriores sí experimentaron una creciente problemática en torno a

esto. La identidad de esas generaciones nacidas en tierra chilena puede ser entendida como una “identidad múltiple” formada de lo judío y árabe, pero también de lo latinoamericano- chileno, en donde el sentido de pertenencia y su consecutiva crítica se extienden tanto a la cultura del país en que han nacido como a la de su comunidad de origen. Las nuevas generaciones se enfrentan a esta situación y también a los fuertes cambios de paradigmas que ha traído consigo la modernidad.

La memoria tiene un rol preponderante en la mayoría de las narraciones de migrantes que tocan el tema de la identidad. ¿De qué manera se configura ésta en los cuentos que revisamos? La memoria está determinada por dos factores centrales:

- 1) La afirmación de pertenencia a un determinado grupo étnico: soy judío, soy árabe, y por lo tanto a una tradición de larga existencia histórica. Aquí estaremos ante lo que Larraín señaló como “identidad cultural”.<sup>33</sup>
- 2) La experiencia de la migración, que abarca el sentimiento íntimo del sujeto frente a esta crisis, pero también una constitución de identidad determinada por la mirada de los otros, no sólo la de los otros del país al que se llega, sino que también por aquellos otros que han quedado en la nación de origen, y con quienes se establece una marcada diferencia.

### 3.1. Marjorie Agosín: sujeto de muchas patrias.

Según Gilda Waldman<sup>34</sup> es válido plantear que nuevas modalidades para construir la identidad judía en Latinoamérica son la “alteridad” y la “extranjería” en relación con lo judío y con lo nacional. Habría en los textos una tensión permanente entre lo judío y lo chileno, entre un pasado destruido y un presente incierto que da surgimiento a una identidad móvil ubicada tanto en uno como en otro polo sin llegar a arraigarse en ninguno, y en proceso de construcción más que de ser.

Para Saúl Sosnowski,<sup>35</sup> los portadores de identidades múltiples piensan permanentemente en las nociones de territorio, ciudadanía y nación en relación con

---

<sup>33</sup> Revisado en el capítulo 2.

<sup>34</sup> Waldman, Gilda: “La memoria, el viaje y la nueva identidad judía en América Latina. Estudio de un caso literario.” *Anales de Literatura Chilena*, año 5, Diciembre 2004, Número 5, p. 221 -225.

<sup>35</sup> Sosnowski, Saúl: “Fronteras en las letras judías- latinoamericanas”. *Revista iberoamericana*, Vol. LXVI, Núm. 191, abril - junio 2000, pp. 263- 278.

sus países de origen en América latina. En el caso propiamente judío, si bien las referencias a la constitución del Estado de Israel, el holocausto, grandes hitos de esta cultura, ellos no son ejes definitorios de las prácticas literarias. Para Sosnowski, los escritores preocupados por dar cuenta de la situación judío- latinoamericana (preocupación por “los componentes unidos mediante ese guión”) mantienen hasta la actualidad el acento en los temas de *“identidad, el holocausto, la memoria ancestral de prácticas culturales y religiosas, la migración y los procesos resultantes de integración y asimilación así como hechos socio- históricos y políticos de los países que son suyos.”* (Sosnowski, 2000: 270).

Lo anteriormente expuesto se revela de forma evidente en el relato “Apellidos” de Marjorie Agosín, cuando la narradora sostiene:

*“No sé si soy chilena o si soy gringa, o bostoniana. Se me enredan las naciones, las banderas, pero de algo estoy segura: no como jamón los viernes y ayuno una vez al año, no por mi vocación religiosa, sino por respeto a mis familiares instalados bajo un paraguas y la memoria de mi abuelo Joseph que decía que Dios estaba en todas partes, hasta en una lechuga”*<sup>36</sup>

La narradora, Agosín, revela el sentimiento de no pertenencia a nación alguna, no hay una identidad nacional aquí, y es la ausencia de ella la que deja un campo propicio para que la narradora nos cuente de sí a través de las tradiciones heredadas por su familia, la religión, la memoria.

Es interesante pensar en la metáfora de los hoteles, porque éstos hablan de lugares de tránsito, puntos medios entre trayectos, cortos lugares de estadía, y desde el momento en que la autora los utiliza como metáforas de hechos históricos nos plantea la mentalidad de la migración, donde todos los territorios y las culturas no llegan a sentirse como hogar estable. Tal sensación de desterritorialización es recurrente en sus textos en una narración que busca identificarse con la histórica imagen de la errancia judía

*“Nosotros los solitarios judíos dispersos, vagábamos por aquellas calles habitadas por los espectros de la noche...”*

---

<sup>36</sup> Agosin, Marjorie: “Apellidos”. En su: Las Alfareras. Op. cit, p. 14.

*“Nos oyó hablar en una lengua extranjera que parece desgarrada, a los que habitan sin fronteras, de la lengua de estirpe.”<sup>37</sup>*

Y este desarraigo no sólo se limita a su identidad judía, sino que también a la situación de exilio de Chile, de tal forma se van estableciendo vínculos de procesos migratorios sucesivos en el sujeto que narra sus experiencias y sentir en torno al tema. La narradora del relato “Echar de menos”, habla desde la añoranza de la tierra chilena, del hogar que aquí logró construir. Retoma las voces de sus antepasados que también han debido experimentar el sentimiento de estar arrojado en el mundo, se aúna con ellos en el sentimiento de la nostalgia, dando vida a una narración de tono melancólico.

*“Así debió haber escapado mi abuela Helena de Viena, rumbo a Hamburgo para encontrar la nave de la paz y la libertad, esa nave que la llevaría a Valparaíso. Ella portaba un baúl de cobre y el candado dorado de su casa y dos frazadas de pluma. Amanecía esta vez con resplandor en la cordillera. Ya estábamos en otro país aunque todo nos recordaba al nuestro porque las fronteras son sólo fabricaciones de confusos gobernantes [...] Éramos los mismos anclados a una memoria de luz, pero ubicados en un lugar que era un espacio transitorio [...] El consuelo era hablar sobre el país que poco a poco se transformó en cicuta, en obsesión y enfermedad. Cuando llovía en el hemisferio sur, escribía para que cerrasen las ventanas de mi cuarto [...] Echar de menos, echarse de menos, se convirtió en mi segunda piel, como lo fue ver los almácigos crecer con tierra nuestra. La ausencia ya era un tatuaje imborrable. Aprendimos a ser felices con la memoria, soñando en nuestro idioma...”<sup>38</sup>*

La memoria y el lenguaje se convierten en los únicos lugares susceptibles de ser adoptados como hogar estable. En el recuerdo habitan las imágenes de la infancia que se construyen a través del lenguaje.

---

<sup>37</sup> Agosín, Marjorie: “Una albahaca y un clavel”. *En su: Las Alfareras. Op. cit.*, p. 107.

<sup>38</sup> Agosín, Marjorie: “Echar de menos”. *En su: Las Alfareras. Op. cit.*, p. 105 -106.



## 3.2. José Auil: el viajero de la nostalgia.

*“Pensaba en todas estas cosas cuando deseaban una ciudad. Isadora es, pues, la ciudad de sus sueños con una diferencia. La ciudad soñada lo contenía joven; a Isadora llega a avanzada edad. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdos.”*

*Las ciudades invisibles.*  
(Ítalo Calvino)

El inmigrante tiene constantemente como referente un espacio distinto, el lugar de su origen, lo cual plantea la polaridad entre lo que el sujeto era en el “allá-entonces” y lo que ha llegado a ser en el “acá- ahora”<sup>39</sup>. José Auil, quien emigró a temprana edad a nuestro país formando parte de esa primera oleada de extranjeros que buscaron refugio en Chile, podemos decir que consiste en una experiencia traumática que provoca una crisis en la identidad al disociar al individuo en un “allá-entonces” y en un “acá- ahora”. El desajuste sólo puede ser superado al llegar a una efectiva síntesis cultural.

Este conflicto que divide al sujeto está presente en dos de los cuentos de José Auil que muestran cómo los protagonistas surgen gracias a su esfuerzo en el país al que han llegado, pero no por ello manifiestan completa satisfacción.

En el cuento “Aldea Blanca” el protagonista es un emigrante llegado a América desde la Aldea Blanca en Siria, el relato comienza contándonos de sus inicios adaptándose al país, en donde Ruslán va escribiendo los hitos importantes que vive, construyendo así un relato escrito sobre sí mismo en sus nuevas circunstancias.

*“De un maletín sacó Ruslán una libreta de cuero, de tapas ajadas por el uso, repleta de anotaciones, y con letras menudas, apretadas, de bellos caracteres arábigos, escribió: “Hoy, veintidós de Julio de 1916, fue mi primer día de trabajo en América”.<sup>40</sup>*

<sup>39</sup> Nociones extraídas de Abril Trigo, citada por: Massman, Stefanie. Op. cit, p.132.

<sup>40</sup> Auil, José: “Aldea Blanca”. En su: Aldea Blanca. Op. cit, p. 167.

Desde este punto, Ruslán se constituye en el gran sujeto trabajador, esforzado y honrado que, por lo general, es el tipo que caracteriza a los personajes inmigrantes árabes que se desarrollan en la literatura neomahyarí. Ruslán llega a ser un comerciante de gran importancia y hombre de respeto en Chile, pero jamás logra cerrar la herida producida por la pérdida de las relaciones que dejó en su tierra natal.

Es sumamente relevante analizar la forma en que el individuo migrante maneja su “allá- entonces”, debido a que si bien no es saludable que lo tenga presente como un lugar ideal, fuente de utopías y nostalgias, tampoco es correcto que lo reprima o denigre. En el cuento “Aldea Blanca” el “allá- entonces” de Ruslán es recuperado con frecuencia como un lugar utópico, ideal de gente y geografía que queda expuesto de manera evidente por la elección de los términos y las imágenes utilizadas

*“Metido entre las sábanas, dejaba vagar sus pensamientos. No podía apartar de la mente el recuerdo de su Aldea Blanca. Como en una cinta cinematográfica, desfilaban los recuerdos... Una hermosa tarde de marzo, con los libros bajo el brazo, sentados sobre un promontorio rocoso de la cumbre de la colina, contemplaban embelesados el hermoso paisaje que se presentaba ante sus ojos. El cielo transparente permitía una infinita visibilidad. Se destacaba a su izquierda la majestuosidad de las cumbres del Antilíbano, desprovistas de nieve (...) Recordó Ruslán cuando Rebeca, rompiendo el silencio, le dijo: “Es muy hermosa nuestra aldea”. Y él contestó que era tranquila a la vez (...) Nunca se olvidaba Ruslán de aquellos bellos momentos. (...) Algún día tendré que volver, se decía. No me entregaré a un eterno destierro”<sup>41</sup>*

El sujeto del aquí- ahora mantiene una relación dialéctica con lo que ha sido haya- entonces, alimentándose de esa imagen pasada, cruzada por subjetividades del recuerdo, pero en el aquí- ahora continúa realizando una narración escrita que le ayuda a reafirmar el rol que está adquiriendo, el lugar que está ocupando

*“Aquella noche, anotó en su libreta: diciembre 22. Primer ascenso.”<sup>42</sup>*

El hombre que escribe los hitos importantes de su nueva vida, al mismo tiempo se refleja en la mirada del “otro” que ha quedado en el haya, a través de las cartas que recibe de Rebeca, quien le cuenta de la situación de Aldea Blanca, y alimenta los recuerdos de quién era Ruslán ahí, las promesas y proyectos de vida que tenía. Pero

---

<sup>41</sup> *Ibid.* pp. 167- 172.

<sup>42</sup> *Ibid.* p. 173.

la nueva realidad que vive, el afán de responder óptimamente a su rol de sujeto dedicado al trabajo, no le permite a Ruslán hacer cargo de esta dimensión de su persona que va quedando progresivamente en el pasado. Ruslán se encuentra inmerso en una labor de reconstitución de sí a partir de nuevas experiencias, produciéndose así un quiebre en la memoria que se cristaliza en la fijación utópica del pasado, estableciendo una poderosa distancia frente a él. Cuando Ruslán contesta a las cartas de Rebeca, narra su nuevo yo con tal convicción, que ella no deja de ver la imposibilidad de retomar la vida planeada antaño, puesto que el sujeto que ella conoció ha cambiado y desde este devenir del personaje se articulan nuevas posibilidades de elaborar un futuro

*“(Ruslán) se sentía muy feliz. Miraba el porvenir con otros ojos. Aprovechó el primer momento libre, para contestar las dos cartas recibidas. Le escribió con lujo de detalles acerca de los sinsabores del viaje, de la incertidumbre de los primeros días; luego, de los días prometedores, del progreso realizado, de la confianza sin límites de su antiguo empleador y actual socio (...) Le informó que añoraba su aldea y no apartaba la mente de los hermosos paseos realizados y el bello panorama de la aldea contemplado desde la cumbre de la colina. Sólo después del regreso de Ismael Sabry, podría informarle acerca de futuros proyectos.*

*Rebeca, esta vez, tardó en escribir. Su intuición femenina le indicaba algo que su mente trató de rechazar.”<sup>43</sup>*

Y Rebeca no se equivoca puesto que el desplazamiento de Ruslán queda en evidencia ante el olvido voluntario que hace de su última carta. Ruslán genera un momento de omisión de la memoria en pro de la actualización de sí mismo, que es un intento de unificarse en el discurso del yo aquí- ahora, trabajador diligente y esforzado, hombre exitoso de futuro prometedor. Y esta construcción es la que prima por completo, puesto que al regresar, Ruslán, muchos años más tarde, se da cuenta que ese “allá- entonces”, Aldea Blanca, ya no es su lugar, pese a que así lo creía firmemente al recordar. La Aldea Blanca de Ruslán no es más que un recuerdo, un relato imaginario que ya no corresponde a lo que el personaje encuentra a su vuelta. El sujeto ahora es el “otro” en su propia tierra de origen, quedando así desarraigado. Este es uno de los relatos que mejor cuenta del conflicto que recae sobre el individuo emigrante.

---

<sup>43</sup> *Ibid.* p. 176.

*“En Aldea Blanca, nadie podía imaginarse que aquel turista de aspecto sudamericano, había nacido y paseado su melancólica infancia en su hermosa aldea.”<sup>44</sup>*

En uno de los relatos de *Aldea Blanca* llamado “Patria y la vida de los hombres” en boca del protagonista aparecen descritas una serie de abusos y sufrimientos padecidos en la patria de origen que motivaron su decisión de emigrar a Latinoamérica. Este es el único de los cuentos que presenta un tono de desencanto frente a la situación de la tierra de nacimiento.

Otros cuentos de Auil giran en torno a los problemas religiosos y políticos de la tierra de origen, Siria, que han obligado a los protagonistas a buscar nuevos países para llevar una mejor calidad de vida. En Auil la pregunta por la identidad no se formula de manera tan patente como en los textos de Agosín, pero sin duda algunos relatos están cargados de un tono de no pertenencia, de estar en un punto medio entre lo que se ha sido y se ha vivido en el pueblo de origen, y el hombre que se está rearticulando en su nuevo espacio geográfico y en sus nuevas relaciones.

---

<sup>44</sup> *Ibid.* p. 181.

## Conclusiones

En el análisis anteriormente expuesto hemos revisado los elementos centrales que se descubren en la narrativa de nuestros dos autores a la hora de dar cuenta de su identidad nómada, y a la vez apegada a una tradición de origen que está firmemente arraigada en ellos y sus antepasados: costumbres, creencias religiosas, modelos de conducta, tradiciones literarias, etc. Por desgracia, su lengua de origen se ha ido perdiendo progresivamente producto del sincretismo, siendo muy difícil encontrar textos de autores chilenos árabes o judíos en hebreo o árabe.

Como hemos expuesto, los ejes más notorios para direccionar estas identidades “múltiples”, están determinados por la memoria no sólo personal, sino que también social, de sus vivencias: presencia de las costumbres originarias, sentimiento de exclusión y discriminación en los países en los que se instalan, e incluso en sus propias tierra de nacimiento, pues al retornar ya no son los que han dejado el lugar ni para ellos ni para el resto.

Producto del encuentro de estos ejes en la escritura, se expone ante los ojos de los lectores un solo gran tejido armado en base a miradas diversas, en las que nos podemos reconocer y también conocer ese “otro” mundo que convive con nosotros.

Memoria social e individual que hablan de la experiencia del racismo y la discriminación que sufren por pertenecer a grandes culturas en las que prima la lucha por mantener a resguardo del sincretismo sus tradiciones. La propia memoria que ha sido contada de generación en generación, y que acaba plasmada en la escritura de estos cuentos entra en un juego de realidad- ficción, en la medida en que todo recuerdo es susceptible de ser modificado por el sujeto que rememora; las cosas recordadas difícilmente corresponden a los hechos concretos. La escritura se vuelve un soporte esencial para estas dinámicas de la memoria, ahí quedan a resguardo las historias y vivencias ajenas o particulares, pero que en boca de cada uno de los individuos que forman parte de una comunidad van mutando.

Las memorias de los autores que han sido estudiados, generan cierto conflicto a su integridad como sujetos, puesto que han debido experimentar la violencia que significa sobre cualquier ser humano la pérdida de la tierra en que se ha nacido, los seres cercanos, familiares, amigos, costumbres, geografía, idioma, todo aquello que nos ayuda a sentir que tenemos un lugar en el amplio mundo. El sujeto queda desorientado y a merced de nuevas formas de vida a las cuales debe adaptarse.

Hay un individuo que se era en el allá (la tierra de origen) y otro que se comienza a construir en el acá (la geografía y la sociedad ajena del presente). Tal escisión se logra superar a través del lenguaje, la narración del sí mismo, que bebe de sus diversas fuentes para moldear en la escritura un sujeto lo más íntegro posible, que va re- corriendo su pasado y su presente, que va proyectando su futuro.

Hemos analizado múltiples ejemplos en los cuentos de ambos autores: Marjorie Agosin la niña judía que vive su infancia en Chile y debe adaptar su ser judía con todo lo que ello implica, un credo, orígenes completamente distintos al de otros niños y sus familias, a la realidad chilena; y que en tal labor va estableciendo un sincretismo progresivo. La narradora de sus relatos, altamente biográficos, a través del lenguaje hace que su identidad se vuelva en tal grado chilena que, cuando debe abandonar este país, es por él que en la lejanía siente nostalgia. Si podemos pensar en una integridad que Marjorie Agosin busca dar a sus narradoras, es la de la eterna nostalgia por el mundo de la infancia en el espacio chileno. Al mismo tiempo, la pena y el recuerdo del racismo más violento son imágenes que aparecen con frecuencia en la mente y en los discursos de sus protagonistas, dando cuenta de una identidad victimizada individual y socialmente. Estas construcciones narrativas teñidas de melancolía y espanto frente a los hechos históricos de persecución y tortura, son frecuentes en los escritores judíos; pero, además de aquello, hay elementos de humor y parodia que la vinculan con la producción literaria de los descendientes: la mirada crítica sobre la fe y las doctrinas. A partir de la amplitud de voces femeninas que cuentan los relatos de *Las Alfareras*, Agosin nos permite desprender la imagen de una mujer de origen judío que se ha desplazado por el mundo con la misma intensidad con la cual sus ancestros erraban de continente en continente, una mujer portadora memoriosa de los estigmas de toda una cultura, pero que sabe que es también una “otra” entre ellos: una niña criada en Chile, que junto a sus estampas de los santos locales escucha las narraciones sobre la próxima venida del Mesías, que celebra los ritos judíos no por fe, sino que por respeto a la memoria de sus antepasados. Una judía que no sueña con Israel ni la tierra prometida, lo hace con el Chile de su infancia. Éste deviene el lugar utópico sobre el que la memoria fabula; y sobre las imágenes de la madre que reza insomne, el padre que blasfema, las maletas y estigmas de los abuelos y los niños que hacen la primera comunión, se va modelando una identidad para izar frente a la vida.

Por su parte, José Auil crea narradores que al igual que él, han debido escapar de su Siria natal producto de la violencia y la pobreza generadas por la guerra. Sus personajes son hombres que viven un eterno enamoramiento de su tierra natal, siempre presente en la imagen de Aldea Blanca, su geografía y su gente. Auil idealiza profundamente este espacio, pero no omite en los relatos el sufrimiento que ahí también se ha vivido. Cada narrador recuerda con ternura su aldea natal y muestran un carácter que Auil hace predominar en prácticamente todos los personajes de origen árabe: la bondad, la integridad, el esfuerzo por integrarse honradamente en la sociedad chilena o latinoamericana a la que han arribado. En las narraciones de Auil los personajes principales son siempre hombres nobles dispuestos a dar lo mejor de ellos por la patria que los recibe, que construyen sus vidas en ella, pero que siempre llevan en su corazón el recuerdo amoroso de la nación de origen. Sin embargo, la idealización del pasado también es puesta a prueba cuando el protagonista del cuento que da nombre al libro regresa y se enfrenta con su pasado, apenado debe reconocer que ya no pertenece a ese lugar: ahí es percibido como extranjero, como extranjero también es visto en su nuevo país. Auil nos muestra un sincretismo benéfico donde las tradiciones árabes tienen cabida y son adoptadas en Chile, donde el sujeto en base su esfuerzo individual y el apoyo de la comunidad que comparte sus condiciones, puede hacerse un espacio concreto en la sociedad.

En nuestros autores, la narración del *Self* acoge la visión que de ellos tiene el “otro” al sentirse pertenecientes a una comunidad con su propia historia, y también la otredad que agrede, aquella que discrimina al distinto, que en el caso de Auil es especialmente significativa, porque en sus cuentos se ve cómo el sujeto que emigra, al retornar a su tierra es discriminado por quienes antes eran “como él”. De esta forma, se ve obligado a enfrentar la nueva imagen de sí con la que se tenía guardada en el pasado y readecuarla en el discurso, mediante el cual va armando la figura de un hombre nostálgico, pero que en la praxis se encuentra completamente entregado a la labor de re- crear su vida.

Todos los sujetos necesitamos sentir que somos uno a lo largo del tiempo, luchamos por no fragmentarnos frente a las múltiples vivencias que experimentamos a lo largo de nuestra vida. En esta batalla la narración se convierte en una poderosa aliada, puesto que permite ordenar nuestras memorias, re- crearlas en servicio de nuestra integridad. Dicho trabajo es el que hemos visto desarrollarse en cada cuento analizado, donde los sujetos ponen en orden la historia que los constituye, padecen los quiebres y vuelven a reconstituirse.

## Bibliografía

- Agosín, Marjorie: *Las Alfareras*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1994.
- Auil, José. *Aldea Blanca*: Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1977.
- Cánovas, Rodrigo: "Voces inmigrantes en el relato chileno: de árabes y judíos". En: *Crítica y literatura: América Latina sin fronteras*. Olbeth Hansberg y Julio Ortega coordinadores. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Cánovas, Rodrigo y Scherman, Jorge: *Voces judías en la literatura chilena*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2010.
- González Zúñiga, Marcelo: *El pasado es prólogo. Cuatro cuentos judíos-norteamericanos para recordar*. Tesis (Licenciado en Humanidades con mención en Lengua y Literatura Hispánica). Santiago, Chile. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1998,
- Goolishian, H. A. y Anderson, H.: "Narrativa y Self. Algunos dilemas modernos de la psicoterapia". En: Fried Schnitman, Dora comp., *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires, Paidós, 1994. pp. 293-306.
- Jelin, Elizabeth: "¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?" En: *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI Editores, 2002, pp. 17- 37.
- Larraín, Jorge: *Identidad Chilena*. Editorial LOM, Santiago, 2001.
- León, Denise: "Historias de extranjeros y exiliados. Autoconfiguraciones en la poética de Marjorie Agosín." [en línea]. *Revista Chilena de Literatura* No. 71 (2007) <<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCL/article/viewArticle/1410/1698>> [consulta: 26 julio 2010].
- Massmann, Stefanie: "Árbol genealógico y árbol de familia: dos figuras de la memoria en relatos de inmigrantes judíos." *Revista Estudios Filológicos* n° 40 (2005), pp. 131-137.
- Rafide, Matías: *Escritores chilenos de origen árabe: ensayo y antología*. Santiago, Instituto Chileno- Árabe de cultura, 1989.
- Samamé, María Olga: "Presencia árabe en la literatura hispanoamericana: el caso de Chile." *Casa árabe* [en línea] < <http://www.casaarabe-ieam.es/publicacions/index/textos>> [consulta: 8 octubre, 2010].
- Samamé, María Olga. "Producción literaria de los descendientes árabes en Chile y en las Américas." *Casa árabe* [en línea] < <http://www.casaarabe-ieam.es/publicacions/index/textos>> [consulta: 8 octubre, 2010].
- Sosnowski, Saúl: "Fronteras en las letras judías- latinoamericanas". *Revista iberoamericana*, Vol. LXVI, Núm. 191, abril - junio 2000, pp. 263- 278.
- Tzevetan, Todorov: "La raza y el racismo." En: *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI Editores, 1991, pp. 115- 155.



- Vattimo, Gianni: "Nietzsche y el más allá del sujeto". En su: *Más allá del sujeto: Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1989, pp. 25- 45.
- Waldman, Gilda: "La memoria, el viaje y la nueva identidad judía en América Latina. Estudio de un caso literario." *Anales de Literatura Chilena*, año 5, Diciembre 2004, Número 5, p. 221 -225.